

De qué hablo cuando hablo de Murakami

Por Rebeca Garnique

Mi autor favorito



—¿Diluirse?

—Es decir, que cuando tú estás en el bosque, tú eres, sin fisuras, parte del bosque. Cuando estás bajo la lluvia, tú eres, sin fisuras, parte de la lluvia que cae. Cuando estás inmerso en la mañana, tú eres, sin fisuras, parte de la mañana. Cuando estás delante de mí, tú eres parte de mí.

Y de esa misma forma —inevitable— el sencillo, triste y tierno Tokio de los años setenta se diluyó en mi retina y yo me diluí en él.

—Si llegas a entenderme, ¿qué sucederá entonces?

—Eso no lo tienes muy claro, ¿verdad? No se trata de lo que pueda suceder. En este

mundo hay a quien le gusta saber los horarios de los medios de transporte y se pasa el día comprobándolos. También hay quien hace barcos de un metro de largo encolando palillos. Por lo tanto, no es tan raro que haya por lo menos una persona que quiera entenderte, ¿no te parece?

—¿Como una especie de pasatiempo?

—Si quieres, puedes llamarlo así. En general, las personas lo llaman simpatía o amor, pero si tú quieres llamarlo pasatiempo puedes hacerlo.

A primeras luces, *Tokio blues* puede parecer una novela de corte romántico, pero creo que, en este caso, el amor juvenil es más bien el atuendo de la historia, y que *Norwegian Wood*¹

1 *Norwegian Wood* es el título original del libro, *Tokio blues* fue añadido posteriormente. Es mundialmente conocido bajo cualquiera de los dos nombres, aunque a veces solo figure uno de ellos.

es, esencialmente, una novela de autoexploración cargada de nostalgia, que aborda temas —un poco más intrincados que el romance juvenil— como la muerte, la demencia, la inocencia o la soledad.

La sexualidad y el erotismo también son elementos recurrentes, sin embargo, estos van amarrados de forma ambivalente al candor o a la melancolía.

...Parecía como si nuestros cuerpos estuviesen pegados. Si nos separábamos, una peculiar fuerza de atracción volvía a unirnos. A los doce años ya nos besábamos, y a los trece nos acariciábamos. Yo iba a su habitación, o él venía a la mía, y se lo hacía con las manos. Fuimos igual que dos niños que viven desnudos en una isla desierta. Si tienen hambre comen un plátano, si se sienten solos duermen abrazados. Pero esto no puede durar eternamente. Crecimos deprisa y tuvimos que entrar en la sociedad...

El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas, por otra parte, opta por personajes y escenarios más excéntricos, como ladrones de cráneos, científicos que manipulan las ondas sonoras, muchachas de trajes rosados que habitan las alcantarillas de ciudades futuristas y bestias de un solo cuerno. Todos ellos forman parte del despiadado país de las maravillas. Mientras que el fin del mundo está situado en una aldea amurallada, habitada por autoexiliados que renuncian completamente a sus recuerdos y son despojados de sus sombras por un leñador.

Me congelaron durante dos semanas, a lo largo de las cuales analizaron al detalle mis ondas cerebrales, extrajeron el núcleo de mi conciencia, fijaron en este un culebrón-contraseña de acceso al shuffling y, una vez implantado, volvieron a introducir el núcleo dentro de mi cerebro. Por eso mi conciencia está estructurada en dos partes. Es decir, en primer término, existe una conciencia global y caótica, y en su interior, se encuentra el núcleo de la conciencia que sintetiza este caos.

Aquí es el surrealismo —y ya no el romance— el que se convierte en indumentaria del libro. Como ya dije, los 'platos fuertes' de Murakami son los temas que abordan al ser, y ambas partes del libro están cargadas siempre de contemplación y simbolismos.

Y otro de sus platos fuertes es, indiscutiblemente, la música. Desde sus páginas, podemos intuir que estamos frente a un verdadero melómano, y Murakami se vale hábilmente de sus conocimientos para crear afortunados *soundtracks*. A veces, basta con leer el título de alguno de sus libros, como *Al sur de la frontera, al oeste del sol*, que evoca a una canción de Nat King Cole o *Dance, dance, dance*, canción de The Dells que da nombre a otra novela del kiotense que llegó a mis manos.

Baila, baila, baila vio la luz en 1994, pero ha sido traducido a la lengua hispana hace apenas unos años. Aunque no encontré algún ingrediente novedoso en comparación con las dos primeras novelas, no por ello me resultó menos placentero o enriquecedor.

El personaje principal es un hombre de edad madura que, pese a conducir su vida a través un sistema práctico y sencillo, tiene un interior volátil y confuso.

Me despierto. ¿Dónde estoy?, me pregunto. No solo lo pienso, sino que me formulo la pregunta en voz alta: "¿Dónde estoy?". Pero es una pregunta absurda. E innecesaria, porque ya sé la respuesta: estoy aquí, y esta es mi vida. Mi día a día. Ese apéndice del mundo que es mi existencia. Numerosos asuntos, cosas, circunstancias que, aunque no recuerdo haber consentido, se han vuelto atributos míos sin darme cuenta. A veces, una mujer duerme a mi lado. Pero, por lo general, duermo solo. Sólo yo y el rumor de la autopista que se extiende frente a mi apartamento, el vaso en la mesilla de noche (en cuyo fondo suelen quedar unos cinco milímetros de whisky) y la hostil —aunque quizá solo indiferente— luz matinal cargada de polvo.

El surrealismo se manifiesta de nuevo, preciso e impecable, en los interiores del hotel Delfín, lugar al que recurre el protagonista para buscar las piezas faltantes de su rompecabezas interno.

En cualquier caso, recuerdo que era un hotel extraño.

Evocaba en mí algo parecido a un estancamiento en la evolución biológica. Una regresión genética. Una criatura deforme que avanza en la dirección equivocada y no puede retroceder. Una criatura huérfana que se yergue paralizada en medio del crepúsculo de la Historia, una vez extinguidos los vectores de la evolución. Un valle anegado en el Tiempo.

Nadie tiene la culpa de eso. No hay nadie a quien culpar, y tampoco nadie que pueda solucionarlo.

El libro utiliza el término bailar como una metáfora y delinea, a través de la historia, una visión intuitiva y al mismo tiempo pragmática de la vida.

Estás cansado, lo sé. Cansado y asustado. A todos nos sucede. A veces sentimos que todo es un gran error. Y entonces las piernas se detienen, pero no queda más remedio que bailar y hacer lo mejor que puedas.

Aún quedan libros cruciales sobre los que hablar, como *Kafka en la orilla*, por ejemplo, que es considerado por muchos como una de sus más grandes joyas; o *Sauce ciego, mujer dormida*, antología que alberga relatos fascinantes como *El séptimo hombre* (por dar un ejemplo); *IQ84*, con la que hizo su regreso

triumfal en el 2009; o *De qué hablo cuando hablo de correr*, ensayo autobiográfico que nos revela su lado más personal y su afición por el solitario deporte.

Crónica del pájaro que da cuerda al mundo, Sputnik, mi amor o *La caza del carnero salvaje* continúan en cola para ser leídos, y me entusiasma saber que nuevas historias han hecho su aparición: Con *Los años de peregrinación del chico sin color* se sumó un nuevo récord de ventas.

Considero que Murakami es el más claro ejemplo de absolutamente nada que se haya escrito antes: sus historias oníricas y su visión realista y práctica de la vida erigen universos encantadores, honestos y cercanos. Los personajes que habitan en ellos narran sus soledades y tristezas sin darse licencia, jamás, para la cursilería o la autocompasión; pueden ser desconcertantemente simples o entrañablemente complicados y son tan maravillosamente francos que llegan a resultar menos creíbles que sus historias desarrolladas en los subsuelos.

El kiotesense ha demostrado que merece todos los laureles ya obtenidos, y que esas reincidentes nominaciones al Nobel no son gratuitas. Aun así muchos quieran desmerecer su trabajo catalogándolo de 'literatura pop' —probablemente por su éxito masivo—, nadie puede quitarle la capacidad de filtrarse por las pupilas de quienes deciden leerlo sin prejuicios, e instalarse con la mayor naturalidad del mundo en algún lugar incierto entre la garganta y el corazón.